tó Jesús, sino también los bienes y felicísimo estado a que nos ensalzó Sobrado bien nos había hecho para deshacernos en su amor, con sólo librarnos de tan grandes males; pero fuera de eso nos ha hecho tales bienes, que aunque no hubiéramos tenido mal ninguno, son inestimables sus beneficios. Y no sólo si no hubiéramos tenido males, pero aunque hubiéramos tenido todos los bienes del mundo, respecto de los que tenemos por Cristo todo otro bien se puede contar por mal. Hízonos compañeros de los ángeles, hijos de Dios y herederos de su gloria y reino. Dicha es esta que, sin haber precedido mal, es inestimable: ¿qué será si se compara esa alteza de felicidad a que llegamos, con el profundo de miserias de que salimos? Un preso condenado a muerte en una mazmorra, no aspiraría a mayor felicidad que a salir libre y poder ver la luz del sol; y si le dieran nuevas de repente de su libertad, no las creyera de puro gozo. ¿Qué haría si, estando en aquellas tinieblas en las entrañas de la tierra, esperando por instantes el verdugo para efectuar en él una sentencia de cruelísima muerte, entrase el príncipe hijo heredero del rey, y tomándole por la mano le sacase y diese libertad; y, fuera de eso, le diera

igual derecho que él tenía al reino, admitiéndole por compañero de su corona, haciéndole heredero juntamente consigo de su imperio y patrimonio? Más es lo que Cristo hace por nosotros levantándonos de los infiernos; y, lo que es mil veces más, de la culpa, a ser hijos queridos del Altísimo, real y verdaderamente prohijados de Dios, herederos suyos, y juntamente herederos con Jesús de su mismo reino. ¡Oh bondad y misericordia! ¡oh condición generosa y amable de Jesús, que con tanta humildad y tan sin envidia nos levanta a ser compañeros suyos los que éramos, no sólo compañeros, sino esclavos del demonio! ¿Acaso no es bien éste? Pues ¿por qué no se le debe agradecer con amor, ya que con obra no podemos? Si un príncipe de la tierra hubiese hecho una sombra de lo que con nosotros hizo Jesús, no supiéramos qué hacernos; ¿por qué ha de ser de peor condición un beneficio por haberlo hecho el Hijo de Dios? No estima su humanidad ni estima a Dios quien no ama entrañablemente a Jesús.

Consideremos más, que el levantarnos a esta dignidad fue humillándose y como despojándose El de la suya, vistiéndonos de gracia y de la rica púrpura que tiñó con su san-

gre, para que apareciésemos con la cara descubierta delante de su Padre, y como hijos de Dios, enriqueciéndonos y dándonos sus propios merecimientos, y vistiéndose El de nuestra ignominia tomando sobre si nuestros pecados. ¿Qué bien y misericordia se puede comparar con ésta? Admiró a los ángeles la caridad de San Martín, que dio la mitad de su capa a un necesitado, y la del Santo P. Francisco López, de nuestra Compañía, que después de repartido entre los pobres su manteo y sotana, y el demás vestido, quedándose sólo por decencia con la camisa, en otra ocasión que se le ofreció, de misericordia, no teniendo ya que dar, la dio, quedándose él desnudo: ¿por qué nos hemos de olvidar de la limosna que nos hizo Cristo, que nos vistió tan ricamente cuando estábamos desnudos y por puertas? ¡Cuán heroico y fervoroso acto hizo San Ignacio, nuestro Padre, cuando trocó sus vestidos costosos por los de un asqueroso mendigo! ¿Qué tiene que ver esto con la limosna y fervor de Jesús, que trueca con nosotros su traje, tomando nuestros pecados para pagar por ellos, y dándonos sus merecimientos para representarlos al Padre? Consideremos este bien y esta gran limosna de Jesús; penetremos que es ser

nuestros unos merecimientos de un Hombre Dios de valor infinito, por los cuales se nos da la gracia que intrínsecamente hermosea al alma y la hace agradable al Altísimo.

CAPÍTULO XII

Que todo bien nos viene por Jesús.

Miremos a Jesús con buenos ojos, como a libertador y bienhechor de nuestro linaje; que no habrá corazón que no cultive la humanidad y benignidad de nuestro Salvador. David se llevó los ojos de todo Israel, por sólo que le libró de las afrentas que le hacía Goliat. Judit ganó la afición de todo el pueblo, porque le libró del temor que tenían a Olofernes. A vos, Señor, honra y gloria, no sólo de Jerusalén, sino de todo el linaje humano, ¿por qué nos aficionamos? ¿Vos nos librasteis, no de las afrentas o amenazas de un hombre, sino de las ignominias e intolerable tiranía del pecado? ¡Cuán agradecido estuvo José a su amo Putifar, sólo porque no le trataba como a es-

clavo! ¡Cuánto lo debemos estar a Jesús, pues nos trató como a compañeros y nos hizo hijos de Dios! A cualquier hombre, por vil y de baja condición que sea, si hace algo por nosotros, nos damos por obligados y miramos con buen rostro. Al criado de Abraham, por sólo una dádiva de unos zarcillos y otras niñerías, fue tan agradecido Labán, de obra y de palabra, que no sabía qué hacerse con él; saliole a recibir como si fuera su señor, bendiciéndole y ofreciéndole su casa. Pues al Señor de la Majestad, por habernos hecho tantos bienes, ¿por qué no le hemos de ofrecer nuestro corazón, y restituir algo al que nos lo da todo? Con estos ojos hemos de mirar a Jesús, que cuanto bien nos acontece por El no viene, y a El le debemos: cuanto bien verdadero nos hacen los hombres, la Virgen, el mismo Dios, deuda es de Cristo Jesús; por su amor y reverencia lo hacen: El nos lo mereció con su sangre. Tan imposible es alcanzar algún bien y hacer que nos mire el Padre Eterno, sin ser por los servicios y merecimientos de Cristo Jesús, como que los ojos vean sin luz. Por eso dijo de Jesús, cuando niño, el Santo Simeón, que era la luz para descubrir las gentes: sin luz nada se ve; no hay nada hermoso sin Cristo: no hay

hombre sin Jesús, que aparezca bien a Dios: Jesús es la hermosura de todos, el autor de nuestra dicha y el que merece nuestro corazón entero.

Considérese qué fuera todo este mundo sin sol. Mucha mayor obscuridad y horrura serían todos los santos sin Jesús. Sin este Salvador todos hubieran perecido. ¡Cómo estimarían los hombres del mundo una cosa, si en ella solamente tuvieran toda su hacienda, el vestido, la comida, la casa, su recreación, su salud, su honra! ¡con qué cuidado la guardarían y mirarían por ella! ¡Cuánta más estima debemos tener de Cristo, pues de El sólo tenemos todo bien! Lo que es raro y único, se tiene en mayor precio; y el que tuviese sólo una cosa la estimaría y amaría más. ¿Qué sería si no tuviese sino una cosa, y en ella tuviese todas las demás? ¡Cómo debemos estimar a Jesús, porque a este solo bien tenemos, y en él tenemos, y por él, todos los demás bienes! Aquel pobre que propuso el profeta Natán a David, que no tenía sino una ovejita pequeña por sólo su hacienda, la quería tanto, que la criaba con sus hijos, y se quitaba el bocado de pan de su boca para dárselo, y la daba de beber de su misma taza, y la acostaba en su seno, y la te-

nía como hija. ¿Qué otra hacienda tenemos sino al Cordero de Dios Cristo Jesús, único bien nuestro? Este descanse en nuestro corazón, habite en nuestro pecho: tengámosle por hermano: de noche y de día no se aparte de nosotros y de nuestra memoria y corazón.

CAPÍTULO XIII

Por el ardiente amor que nos tiene Jesús debe ser amado.

Inestimables son los beneficios que de Cristo hemos recibido; con todo eso, son el menor título que tenemos para amarle: más le debemos porque nos quiere bien, que por el bien que nos hizo: más es su amor que lo que ha hecho, con ser tan innumerables y sin tasa ni medida sus beneficios, porque le sobra caridad para mucho más. Está el dulce Corazón de Jesús abrasado en amor de los hombres teniendo con ellos su contento y delicias. ¿Qué más pudiera haber hecho si le fuera en ello su salvación, que lo que ha hecho por la mía? Con

todo eso hiciera más, y no sólo subiría por mí otra vez a la Cruz, pero mil veces cada día si fuera menester. El mismo Señor dijo a Santa Brígida. "Tan incomprensible y tan intensa caridad vive ahora en mi pecho, como en el tiempo de la Pasión, cuando, muriendo con excesivo amor libré del infierno a todos mis escogidos, que fueron dignos de esta redención y libertad; porque si ahora fuera posible que yo muriera tantas veces como ánimas hay en el infierno, de manera que por cada una sufriera como por todas, aún está aparejado mi cuerpo para padecer todo eso de muy buena gana y con perfecta caridad". Aunque estas son palabras de Jesús, no queda declarada bastantemente la caridad de su Corazón, con que tan de balde nos amó tan a costa suya.

El hacernos bien convino a su grandeza; pero para amar así, ¿quién le obligó? Exagérase por grande el amor de Jacob, porque sirvió catorce años por Raquel: ¿qué tiene que ver esta afición con la de Cristo, que se hizo siervo por mi treinta y tres años, no sirviendo por interés como Jacob; pero padeciendo, no sólo de balde, sino por aquellos que le maltrataban, en pago de los beneficios que les había hecho, deseando con deseos fervorosos, por

toda su vida, que llegase el último día de ella, en que había de engolfarse en las terribles ondas de su Pasión, donde la presencia de los tormentos no le hicieron desmayar en mi amor, antes entonces pareció más fervoroso, porque con clamores y lágrimas en los ojos pidió al Padre mi salvación? ¡Qué ansias, qué deseos tuvo de mi bien, pues le hicieron saltar las lágrimas y llorar por mí! El amor que tuvo Jesús a Lázaro coligieron los fariseos de verle llorar. No fue amante menos fino para conmigo, pues también vertió lágrimas cuando orando en la Cruz por mí le faltaba sangre que derramar. ¿Qué mayores testigos del amor de Jesús queremos, que su sudor en trabajosos caminos, su sangre en crueles tormentos, sus lágrimas en sus fervorosas oraciones?

Tuvo el santo Job por alivio de sus desdichas saber que su Redentor vivía. ¡Cuán grande gozo nos debe dar ver que así nos ama! ¡Con qué regocijo de mi alma me consuelo, no sólo con saber que mi Redentor vive, sino que murió por mí, y lloró por mí, y me amó más que a su vida! Más ama Cristo a un alma, su esposa, que todos los bienaventurados juntos aman a la Santísima Trinidad. Santa Catalina de Sena amaba tanto a Dios, que de puro amor

expiró una vez y estuvo cuatro horas muerta: pues si tan grande es el amor de una mujer sola, y en este valle de lágrimas, ¿cuál será el amor de todos los Santos juntos, y allá en la gloria? Con todo eso, toda esta grandeza de caridad no tiene comparación con el amor que tiene Dios a un alma; y en cuanto hombre, si la complexión de Cristo no fuese tan excelente y libre de enfermedades, y dejara el apetito sensitivo, con toda la fuerza del afecto que se causaría del ardor de su voluntad, muriera muy temprano, y siendo niño, nuestro amador Jesús, acabado de la caridad que ardía en su pecho, si no fuese conservada su vida milagrosamente. Si de sólo amor mío expirara este Señor de los Angeles, de la manera que la Virgen, su Madre, murió de amor suyo, ¿qué excusa podría tener yo de no amarle? ¡Cuánta menos tengo ahora, pues le debo el mismo amor, y esto más de haber guardado su vida, para perderla por mí con muerte tan dolorosa! Lo natural es que se ame y se agradezca la voluntad de quien bien quiere; y el verse amado cautiva los corazones. Pues si no es fábula, sino que Cristo nos ama tan entrañablemente, y más que a su vida, ¿por qué no haremos caso de su amor? ¿y más del tal amor? Esti-

mamos en mucho si habla bien de nosotros cualquier hombre, por infame que sea; y a un perro que no se aparte de nosotros y nos tenga cariño, le cobramos afición: ¿por qué no la tenemos entrañable con aquel Señor del cielo, cabeza de los predestinados, amartelado nuestro, que, no sólo con palabras, sino con obras, se esmeró en mostrar lo mucho que nos ama? Hermanos suyos nos dice, amigos suyos nos llama el que es la Verdad eterna y el Unigénito de Dios. Las riquezas y toda la felicidad ponían algunas naciones en tener amigos fieles. ¡Oh dicha nuestra, que tenemos a Jesús por amigo! Miremos como se nos va el alma tras lo que amamos del mundo; miremos como confiamos en nuestros amigos; miremos a lo que nos damos obligados por ellos, por guardar las leyes del amor; y prácticamente hagamos lo mismo con Cristo Jesús. El corazón, el alma, el pensamiento, la memoria se nos vayan tras El; seámosle leales; no hagamos con Jesús (que nos ama sin medida) lo que no hiciéramos con el hombre de más baja suerte si nos amara un poco. Confiemos mucho de Jesús, pues de ningún amigo tenemos más seguridad y satisfacción; ninguno con más continuación, con más dulzura, con más fidelidad

nos ha cargado de obligaciones y mercedes; ninguno con más cuidado y desvelo: que ni nosotros mismos nos queremos de la manera que El nos quiere, aunque nuestro amor propio fuera infinito. ¿Quién ha hecho más por las almas? ¿quién ha padecido más? ¿quién las ha hecho más caricias? ¡Oh, cuántos regalos de Jesús reciben las almas puras! No se puede contener su amor sin manifestarse con no pensados favores. ¿Qué mayor que cuando, arrobado de su ardiente afecto, vino como tierno amante a dar un ósculo de paz amoroso al santo hermano Alonso Rodríguez, de nuestra Compañía, para sosegarle de un escrúpulo? Fue argumento de gran caridad que diese San Juan Columbino un ósculo a un leproso, que era Cristo disimulando. ¿Qué tiene que ver esto con poner Jesús sus labios en los de una criatura de suyo pecadora?

CAPÍTULO XIV

Que debemos amar a Jesús por lo que padeció por nosotros.

Allégase a esto, que el amor del enamorado de los hombres, Jesús, no fue estéril, sino probado con beneficios y padeciendo innumerables males. ¡Qué poco le costó a Absalón solicitar y ganar los corazones de los hombres! Con sólo buenas palabras, sin más amor ni obras les cautivó para que arriesgasen su vida por hacerle rey. ¡Y que a Jesús no le basten su hermosura, sus obras, sus beneficios, sus trabajos y su amor para ganar el mío! y esto no para provecho suyo, sino para mi bien y mi dicha. Sobrado era para estar abrasados en amor suyo los bienes que nos ha hecho, aunque fueran sin amor. Pero quiso acabar de conquistar toda nuestra voluntad y ganar todo nuestro corazón con ocupar el suyo con amor de los hombres. Sobraba este amor para que le respondiésemos; mas no se contentó sin acabar de cargarnos de obligaciones, encomendándonos más su caridad con tantos trabajos y dolores. La piedra de toque del amor es el padecer. ¡Oh miembros delicadísimos de Je-

sús, cuán auténticos testimonios sois de su caridad! Escrito está en todos su amor con la sangre de sus venas. ¿Qué es esto, Señor? ¿qué os debo vuestra sangre? ¿qué os soy en cargo vuestra vida? ¿Qué amor de abrasados serafines me podría desempeñar? ¡Oh alma mía! ensancha y extiende todos tus afectos y deseos, porque tu amor sólo no basta. ¡Oh, quién valiera solo por todas las criaturas que son posibles y puede criar la Omnipotencia divina! Si tuviera el amor de todos, fuera nada y cosa ridícula intentar pagar por él una gota de sangre de Jesús. ¿Para qué, Señor, sois tan liberal de ella? ¿para qué perdéis vuestra vida? Bastaba para amaros más que a mi vida, el menor mal de que me librasteis, el menor bien que me hicisteis, el menor amor que me mostrasteis: ¿qué puedo hacer ahora con lo que por mí padecisteis? y no tormentos como quiera, sino los mayores que ha padecido malhechor. Con una partecita de ellos que sentía Santa Osana, estuvo tres días tenida por muerta; Santa Coleta, porque se le mostró Cristo dolorido, con sólo pensar como estuvo, se desmayaba, trasijándose y mudando colores, con ser personas de increíble fortaleza de ánimo. ¿Qué haría quien lo padecía, y más todo jun-

to, y siendo de mucho más sentida complexión? Y si miramos el dolor del Corazón de Jesús, por mis pecados y las ofensas que los hombres habían hecho y hacemos a su Padre, mayor fue que cuanto han padecido todos los mártires juntos. La Santa Angela de Foligno dice que fue su dolor infinito. Lo cierto es que así como es imposible llegar a comprender la caridad que ardía en el Corazón de Jesús, tampoco se puede hacer concepto de esta su pena y sentimiento, porque su dolor fue al paso de su amor.

Si un hombre vil, por librarnos de la muerte, hubiera perdido un solo dedo, aunque fuera acaso, y lo llevara con impaciencia, le quedaríamos agradecidos por toda la vida; pues ¿por qué merecerá menos el Hijo de Dios por haber hecho tanto más, por haber perdido su vida, y por haberlo hecho con entrañable amor? Cuando los hombres hacían aquel pecado de sacrificar al Hijo de Dios por el cual merecían que destruyese la Justicia divina a toda nuestra naturaleza, estaba Jesús amándolos, y ofreciendo sus mismos tormentos por aquellos que eran causa de ellos, rogando con lágrimas, llantos y clamores al Padre perdonase al mundo, mitigando su enojo tan justo,

por el cual quizá tornara segunda vez a condenar nuestro linaje, según dijo Santa Angela, si no viera el amor que Jesús nos tenía, y le aplacara con oraciones. Este amor de Jesús, actual y presente en su Pasión y de sus enemigos mismos, es una circunstancia que nos ha de obligar más a agradecerle lo que sufrió por nosotros.

Admiráronse los gentiles de la fineza de dos amigos, que uno quiso morir por otro. ¿Qué mayor extremo que lo que Jesús hizo por mí, padeciendo y muriendo por quien fue su enemigo, por el horror y vileza del mundo? ¿Qué beneficio habéis recibido de mí, Rey del universo, que así os obligase a sufrir tanto por mi respeto? Si hubierais recibido de mí el ser Dios ¿qué pudierais hacer, en agradecimiento y paga de tan grande beneficio, más de lo que habéis hecho por perdonarme mi desvergüenza, con que pretendí quitaros el ser divino con mis pecados poniendo mi amor y corazón en otro fin, teniendo por Dios mi gusto y mi voluntad?

Sobre todo lo que padeció Jesús, se ha de considerar la voluntad y gusto con que padeció, que llegó a hacer suaves muchas cosas, de suyo muy penosas a todos. No le debemos

menos por las cosas que le hizo gustosas su amor, siendo de suyo pesadas, que por las que quiso que le diesen mucha pena, bebiendo puro el cáliz de las amarguras, para mostrarnos en esto cuanta era su caridad, porque no es desigual fineza de uno que ama, querer padecer mucho por amor y sentir la molestia suave del amor. Tanta fue la voluntad que nos tuvo Jesús, que, haciendo en los hombres continuos milagros para sacarlos de sus penas y trabajos, en sí los hizo para poder penar y padecer, y no milagros como quiera, sino tan grandes como juntar alma bienaventurada con cuerpo pasible y mortal.

No solamente se debe considerar la voluntad de Cristo en lo que padeció por violencia de los hombres, sino en las penas que por sí mismo tomó, que algunas eran mortales y le pudieran matar si fuera hombre puro. ¿Qué hombre pudiera llevar ayunar sin comer bocado cuarenta días y sufrir el hambre que al cabo de ellos tuvo este Señor? También en los tormentos de su Pasión se ayudó de su virtud divina para sustentar su vida; porque, mucho antes que llegara a ser crucificado, hubiera ya muerto si milagrosamente no se hubiera ayudado. ¡Oh amador de los hombres, Jesús! ¿Qué

finezas son éstas, que os aprovecháis de vuestra Divinidad encubrís para el mismo fin, porque no la tuviesen respeto los que os afligían y atormentaban? ¿Con qué os podré agradecer estos extremos con que me amasteis, teniéndome en todas vuestras penas presente, ofreciéndolas por cada una de mis necesidades y culpas, como si no hubiese otra necesidad por quien ofrecerlas, ni otra alma de quien fueseis, sino mío? Bien puedo decir con vuestro Apóstol Tomás: Dios mío, Señor mío y amor mío, suplicoos por todas vuestras pasiones y dolores, que yo sea todo vuestro.

CAPÍTULO XV

Cuánto debemos amar a Jesús por lo que deseó padecer por nuestros males.

Lleno estaba el piadoso Corazón de Jesús tras todo lo que sufrió por nuestra causa, de deseos y ansias de padecer más. De suerte que le debemos, no sólo lo que padeció por nosotros, sino, como si fuera ello poco, lo que de-

seó padecer, que fue más especialmente cuanto nosotros padecemos. No se contentó con sólo sentir nuestros males en su Corazón, y, como dice Isaías, llevar nuestras enfermedades y cargar sobre sí nuestros dolores, sino que deseó con experiencia sentir cuantos dolores, enfermedades y penas han padecido los hombres, principalmente sus escogidos. De dos maneras afligieron al tierno y amoroso Corazón de Jesús nuestras aflicciones y miserias: una era con una tierna compasión de que las padecíamos nosotros, otra porque no las padecía El, afligiéndose porque no estaba más afligido por nosotros; como el mismo Señor se quejó de la dilación de sus tormentos cuando dijo, que deseaba verse cubierto en un baño y corriente caudalosa de aflicciones, y que se le apretaba el corazón de congoja hasta verlo cumplir. ¿Qué fineza y qué extremo mayor de amor se puede imaginar? Demos que no hubiera Jesús padecido nada por nosotros: esta buena voluntad, esta ansia de padecer, ¿con qué se podía pagar? ¡Oh, cuánta deuda es deber a Dios su sangre y su vida! ¿Qué será deberle tantas vidas a su deseo y ánimo? Tantas veces muriera, cuantas sus escogidos fueron afligidos, y mucho más, cuantas pecaron. Si

fuera menester, para merecernos gracia volver a morir, cuantas veces pudiéramos pecar, aunque fuese venialmente, todas esas muriera por nuestro bien y la gloria del Padre. No es mucho que así despreciase su vida, porque se moría (bien se puede decir así) de amor por nosotros. ¿Qué comparación hay de la caridad de una criatura pura a la de Jesús? Mírese las ansias que tuvo Santa Cristina de padecer por los hombres, a quien dio Dios privilegio, que los tormentos no la consumiesen, sino que sólo la afligiesen. Metíase en hornos encendidos, en calderas de agua hirviendo, en los ríos helados; revolcábase sobre espinos; padecía el tormento dolorosísimo de la rueda, descoyuntando sus miembros; no perdonaba género de martirio, por la caridad que ardía en su pecho. Tampoco se hartaba Santa Coleta de los tormentos que padecía, unas veces asada como San Lorenzo, otras atormentada como San Vicente, otras crucificada como Cristo, otras desollada como San Bartolomé. Pues si en unas mujeres cupieron tantas ansias de padecer, ¿qué deseos tendría aquel pecho de Jesús, aquel piélago de amor? Para todos estos tormentos y muchos más estaba dispuesto su Corazón.

¡Oh dicha nuestra, ser con tal extremo amados de Jesús! Si los Apóstoles tenían por honra ser presos por Cristo, y San Pablo por título muy glorioso se llama preso de Jesucristo, teniendo en el cuerpo cadenas de hierro, ¿qué será que Cristo haya padecido por mí y deseado padecer más?

Si sabemos de un hombre que nos tiene buena voluntad, aunque no nos haga bien alguno, le amamos: ¿qué menos merecerá Cristo? ¿Qué mal nos ha hecho Cristo para que de tantos beneficios y tanto amor y tan buena voluntad y ardientes deseos, no sólo de hacer más por nosotros, sino de padecer, no le paguemos el amor que nos pide como por premio de sus buenas obras, trabajos y deseos? Si le miramos exteriormente, hallarémosle una vez enclavado en la cruz, que, vertiendo sangre, nos está pidiendo nuestro amor, por su muerte y Pasión; pero si miramos lo escondido de su Corazón, hallarémosle infinitas veces crucificado, ofreciéndose mil veces a la muerte, porque fundada con el celo que tenía de la honra de Dios, si nos fuera necesario, muriera y derramara cada hora su sangre por nosotros, por toda una eternidad. Estando el siervo de Jesús, el bienaventurado Francisco

de Borja, delante de un Cristo pidiendo a uno se convirtiese a su Señor, como se quedase pertinaz el pecador, le habló el crucifijo, y dijo que hiciese lo que Francisco le pedía, comenzando el mismo Cristo a verter sangre por sus llagas, dándole a entender su deseo y ánimo, y que por sólo él tornaría a renovar su Pasión. ¿Qué pecho hay que no se mueva con este extremo? A un enemigo nuestro, que de rodillas y vertiendo lágrimas nos pidiera una limosna, no se la negaríamos: ¿por qué negamos a Jesús su amor, pues pide justicia, vertiendo en la cruz lágrimas y su misma sangre, deseando padecer más? Bien merecemos que hiciera Cristo con nosotros lo que con aquel hombre obstinado, que no queriendo oír al Santo Francisco de Borja, ni la voz del cielo, le tiró el crucifijo un golpe de sangre de su costado, con que le acabó. Teman, teman a Jesús los que no le quieren amar; tiemblen de este cordero muerto a quien desprecian.

CAPÍTULO XVI

Lo que debe ser amado Jesús por el deseo que tiene de que le amen los hombres, y de que los hombres sean amados.

Mayores finezas de amor no se podían haber mostrado, que las diligencias que ha puesto Jesús para que nosotros le amásemos. Si no bastan los males que padeció por nosotros, si no basta el amor fidelísimo que nos tiene y sus fervorosos deseos para recabar un cordialísimo amor de los hombres; baste aquella infinita dignación y humildad suya con que deseó que le amásemos.

¡Oh, alegría y contento de los ángeles! ¿Qué provecho tenéis de que os ame una vil criatura? ¿por qué solicitáis su amor con nuevas invenciones? Como suele un enamorado desear que le correspondan en su afición, negociasteis con bocados mi amor, cuando instituisteis aquel amoroso Sacramento, en que nos dejasteis vuestro cuerpo y sangre, deseando que os amáramos y nos uniéramos con Vos, como sois uno con vuestro Padre, no queriéndoos apartar de lugar de mí, ni aún de mi substancia. Fue esta una traza tan estupenda de amor, que,

aunque estuvieran los entendimientos de los querubines una eternidad pensando que medio pudiera haber para que más nos obligará Jesús a su afición, no cayeran en tan inopinable consejo. Si a solo un santo en el mundo se hubiera hecho este favor, ¿qué concepto haríamos de su santidad y del amor que Jesús le tenía; y cómo se daría él por obligado? Pues, ¿por qué ha de perder Jesús, por haberme hecho a mí este beneficio y a todos mis hermanos? Encarécese por singular favor el que hizo este Señor a Santa Metildis, que le dio su corazón para obligarla a amarle: aquí en este Sacramento me da a mí con más verdad su corazón, y no sólo su corazón, sino todo su cuerpo, toda su alma y toda su divinidad. Fue también gran privilegio que enviase Jesús un serafín, que con un dardo de oro llagase de amor el corazón de Santa Teresa. ¿Qué tiene que ver esto con venir el Señor de todos los serafines a herir mi pecho, no con saeta de metal, sino con su sacratísimo cuerpo más precioso que todos los haberes del mundo? Cogió por este lado nuestro amor propio, para que, siquiera haciéndose una carne y un cuerpo con el nuestro, le amáremos. Pues tanto amamos a nuestro cuerpo, con grande verdad se puede decir que el

que comulga y Cristo son dos en una carne; y podrá el hombre gloriarse, diciendo al Señor del mundo: "Este es el hueso de mis huesos, y carne de mi carne, y sangre de mi sangre". De modo que ya es necesario ser inhumano para no amar a Cristo.

Fuera de esta industria de su amor, quiso asegurar más el nuestro, obligándonos a él con precepto, mandándonos que le amásemos. Todo es argumento de afición que nos tiene, pues quiere ser amado. ¡Qué! ¿era menester, Señor mandarnos hacer lo que nos estaba tan bien, lo que es nuestra vida y salud? ¡Qué! ¿era menester obligación, más que ver que nos amabais? A un médico paga el enfermo, cuando vuelve en sí, porque no se hiciese mal. ¿Con qué pagaré, ¡oh Médico y salud de las almas!, vuestro cuidado, que me hicisteis atar y obligar a lo que me está bien, como vuestro amor y afición?

Tras todo esto que Jesús ha hecho por amarme, quiere, como si su amor fuera poco, que todo el mundo me ame, y que todos los hombre y ángeles le ayuden a amarme. Por eso mandó que todos me amasen, encargando y mandando mi amor, como mandó el amor suyo y de su Padre. No sólo debo a Jesús su

amor, sino el de todos los hombres, que por amor de Jesús y cumplimiento de su santo testamento, me amaren. Procuró también que los ángeles me amasen: por lo cual nos reconcilió con ellos, como dice el Apóstol. ¿Cuán grande favor haría un rey si promulgase en su reino una ley en que mandaba que a una persona particular y rústica del campo, nadie le diese pesadumbre? ¿Cuánto os debo, Señor, que mandasteis más por mí a todo el mundo, ángeles y hombres que me hiciesen todo bien y me amasen de corazón?

Si todo esto que Jesús ha hecho y padecido, y amándonos tan entrañablemente, no es suficiente para merecer nuestro corazón, baste el habernos merecido el amor de Dios, a quien nos hizo amables y muy aceptos y queridos. Si es gloria perder nuestro corazón por dárselo a Dios, ¿qué será ganar el corazón a Dios y poseerle? Admírase el santo Job que así engrandezca Dios al hombre, que ponga en El su corazón. A Cristo debemos este favor que nos dio hermosura con que aficionásemos al Altísimo: gloriémonos de esta honra, de que hemos hallado gracia en el acatamiento divino. ¿Qué hermosura pudiera haber en la criatura a Dios que es suma hermosura, no es

mucho; pero que sea la criatura tan agradable a Dios que sea de El codiciada, sólo es obra y deuda de Jesús que me amó tanto, que, no contento con desear y mandar que me amasen todas las criaturas, deseó con tantas veras que me amase también el Criador de ellas, que no perdonó a su vida por hermosearme con su sangre. No sólo debemos a nuestro Salvador Jesús el amor que nos tiene, pero todo el amor verdadero que nos tienen las criaturas, ángeles y hombres, y el mismo Padre Eterno.

CAPÍTULO XVII

Lo que debe ser amado Jesús por su hermosura corporal.

Adoremos ahora y consideremos la persona y dignidad de Jesús cuán merecedora es de reverencia y amor sin otro respecto ni interés nuestro; tal es su compostura, su condición y excelencia, que, aunque no nos hubiera hecho bien ni nos hubiera amado, debía ser el amor de los hombres.

Y lo que es más, aunque nos hubiera hecho mil males y aunque nos aborreciera, debía ser amado por sólo su ser y grandeza. Miremos la hermosura de su rostro y las virtudes de su alma, la plenitud de la divinidad que en El habita. No era menester, amabilísimo Jesús, para moverme a amaros, el cielo que me habéis prometido ni el infierno de que me habéis sacado: aunque no hubiera cielo os amara; y aunque no hubiera infierno, os respetara; y aunque no hubiera vuestra sangre derramada, me tuvierais por esclavo, y os sirviera de balde. No tenéis que darme nada porque os amo: lo mismo que os amo os amaría, aunque fueseis ahora tan pobre y necesitado, como cuando no teníais donde reclinar vuestra cabeza, y no tuvieseis con que premiarme ni darme una gota.

Hizo Dios la santísima humanidad de Cristo para que fuese amada de los ángeles y hombres; y así importaba hacerla perfectísima y acabada. Hízola también para que fuese templo y morada digna de toda la infinidad y plenitud de la divinidad; y así convino ser perfectísimo su cuerpo y alma. Considérese cuan menudo anduvo Dios en la fábrica del tabernáculo, trazándole por sí mismo y repa-

rando en la perfección de cosas muy pequeñas, sólo porque había de ser sombra del cuerpo de Cristo. Cuán majestuoso y admirable quiso que fuese el templo de Salomón, cubierto con láminas de oro, por sólo ser un borrón que representaba a Jesús, templo vivo de Dios, y sólo para poner allí el arca donde estaban las tablas de la ley, no para descansar la divinidad como en Cristo, con presencia y unión substancial. Pues, si en lo que era un retrato oscuro y tosco de Jesús puso Dios tanto cuidado, ¿cómo formaría al niño Jesús el Espíritu Santo, para hacerle trono suyo y para robar desde allí la afición de las criaturas, hombres y ángeles? Es la humanidad de Cristo obra propia y una máquina de amor y por amor. Por eso se atribuye su formación al Espíritu Santo, que es amor.

Acordémonos de la hermosura del cielo empíreo, que ni ojos vieron ni oído oyó cosa como él; porque le preparó Dios para los que le temen y aman. ¿Cuál será el tabernáculo que Dios fabricó para sí, y también para los que le aman? Porque el mayor premio de la gloria, fuera de la divinidad, será la vista de la humanidad de Cristo, respecto de la cual toda labor y hermosura del cielo empíreo se-

ría fealdad: ella arrebata los ojos de los bienaventurados; ella suspende los ángeles; atónitos de su amorosísima y bellísima presencia; y es más hermosa que todo lo que hay que ver en el cielo.

El menor de los santos, después de resucitado, tendrá su cuerpo siete veces, esto es con ventaja increíble y mayor que quepa en encarecimiento, más resplandeciente y vistoso que el sol. ¿Cuál estará la cabeza de los ángeles, el primogénito de la resurrección, el mayorazgo de la vida, el Señor de la gloria y Rey de la luz?

Con moderar sus hermosuras y resplandores, cuando se deja ver de algún siervo suyo en este valle de lágrimas, dice Santa Matilde, que le vio que estaba mil veces más resplandeciente que el sol. Al santo hermano Alonso Rodríguez le quedó fija por toda la vida la suma belleza y modestia de sus hermosísimos ojos, con que perdió la gana de mirar otra cosa. ¡Oh redimidos por Jesús, hermoseados con la sangre de este blanco Cordero! ¿Qué cosa puede enamorar, sino su hermosura? Los soldados de Holofernes juzgaban que no era mucho arriesgar su sangre y vida por la hermosura de las mujeres hebreas, que decían no se debía despreciar. ¿Por qué menospreciamos nosotros la

hermosura de Jesús, pues no tenemos en que peligrar, sino ganar y asegurar nuestra vida con su amor? No hay ningún amador tan loco y preso de afición de belleza humana, que, si viera el rostro del menor de los bienaventurados, después de resucitado, no se le fuera luego el alma y la admiración tras aquella hermosura, en cuya comparación le parecería asco toda la belleza de Judit y Raquel. ¿Qué parecerá toda la hermosura tan tosca de los cuerpos mortales respecto de la del cuerpo glorioso del Hijo de Dios, que excede mil veces a toda la que tendrían todos los santos juntos? Los grandes, los sabios, los fuertes del mundo han sido esclavos de la hermosura vil de la tierra, por la cual algunas personas fueron levantadas al imperio y adoradas por Dios: ¿cómo no me cautiva a mi esta belleza del Rey de la gloria y de mi Dios? ¡Oh amadores e idólatras de una gracia superficial, que ha de ser mantenimiento de asquerosos gusanos! ¿Cómo erráis tan ciega y torpemente, que dejáis la hermosura, los abrazos, los ósculos de aquel que tiene derramada la gracia en sus labios?

¡Cuán grande consuelo y regocijo de un alma será considerar a su esposo Jesús tan lleno de resplandores, de gloria y belleza, y

que el hermoso entre los hombres y ángeles se acuerda de ella, murió por ella y la visita y entra en su pecho! Considerémosle muchas veces en aquel trono de Su Majestad, asentado a la diestra del Padre y lleno de resplandor y gloria, teniendo en sí fijados los ojos de todos los bienaventurados, absortos los entendimientos de los ángeles; y que este mismo Señor desde su gloria nos está amando a los que somos unos viles gusanillos; y solicita nuestro bien aquel que es la bienaventuranza y la hermosura del cielo; desde donde nos es tan fiel y fino amigo, que, en tanta majestad, no se olvida de nosotros, miserables y viles.

Es también muy tierna y devota memoria considerar la hermosura corporal de Cristo, cuando en estado pasible anduvo entre los hombres pecadores: no se puede imaginar más agradable y perfecta proporción de miembros, ni belleza de rostro más decente, cuya presencia robaba los corazones y se llevaba tras sí los pueblos. Los Apóstoles, viendo, cuando les llamó, su hermoso y venerable aspecto, que, como dice San Jerónimo, arrojaba de sí rayos de una divina luz y hermosura, olvidados de sus haciendas y casas

y enamorados de su vista, se fueron tras él. A Santa Brígida reveló la Virgen que, cuando vivía en el mundo en compañía de su querido Hijo, acudían a verle los afligidos para consolarse y olvidar sus miserias con su presencia y vista; otros con sólo ver su semblante mudaban de vida. Algunos olvidados de comida y bebida, de sus casas y haciendas, después de muchos días que se habían ido tras Jesús, apenas se querían apartar de él. Los ángeles no se hartaban de ver al hermoso entre los hijos de los hombres. Convino que a quien propuso el Padre Eterno a los ángeles y a los hombres para que todos le amasen, intimándoles rigurosa ley de su amor, que fuese digno de todo amor y reverencia, para hacer más suave el precepto; y que no sólo le forzase el mandamiento divino, sino su hermosura y agrado convidase a todos con una connatural inclinación a amar a Jesús.

CAPÍTULO XVIII

De la hermosura del alma de Jesús.

Incomparablemente está mucho más hermoso que su cuerpo glorioso y más adornado de dotes naturales y sobrenaturales el espíritu de Jesús; porque la mejor belleza de un alma, en esta vida de miserias y desgracias, si está en gracia, excede a toda la hermosura de todos juntos los cuerpos gloriosos después de resucitados en el cielo. De aquí se podrá conjeturar cuanto excede la incomparable hermosura del alma santísima de Jesús, llena de gracia y gloria, de la cual tuvo el Espíritu Santo más cuenta para hermosearla que no del cuerpo, mucho más que hay del cielo a la tierra. No es nada de esto exageración, sino cortedad y bajísimo concepto; porque es tanta la excelencia del alma de Cristo, sólo por su gloria y gracia habitual, sin tener en cuenta lo que la hermosea la divinidad, con la santidad que le comunica, que declarar su hermosura por el exceso que hace a la del cuerpo, es tan corta comparación, como si para encarecer uno la grandeza del gigante Goliat, dijera que fue mayor que una hormiga. Decir después que

esta hermosura del alma de Jesús excede a toda la que tienen los serafines y demás bienaventurados, no sólo por su naturaleza, sino por la gracia, es también tan necia y tan ridícula exageración, como si uno para exagerar la inmensidad de grandeza de los cielos, lo encareciera con decir que eran mayores que un grano de mostaza. Pues si la belleza del cuerpo glorioso de Jesús es tal que ni explicarse ni concebirse puede, ¿cuál será la de su alma? Jacob sirvió catorce años como esclavo por la hermosura de Raquel; ¿por qué nosotros, por esta tan admirable hermosura de Jesús, no empezamos a hacer algo y codiciarla de veras? Puede ser que no nos cueste catorce días de trabajo, que no nos podemos prometer; y fuera gran vileza y afrenta si nos cogiera la muerte sin haber hecho alguna fineza por Jesús, el hermoso entre los hijos de los hombres.

Fuera de la gracia consiste la hermosura del ánima en sus principales potencias, entendimiento y voluntad que tuvo el ánima de Cristo, llena de ricos hábitos y virtudes. En su entendimiento se depositaron los tesoros de la sabiduría de Dios con tantas maneras de ciencias natural y sobrenatural, infusa y adquirida

y experimental. Sobre todo eso vio aun en la tierra, cara a cara la esencia divina, sin cesar un punto de su vista, de donde le nació en la voluntad un inefable y ardentísimo amor de Dios y de los hombres; conoció cuanto había pasado, presente y por venir, viendo claramente cuantos pensamientos habían de tener por toda una eternidad los hombres y ángeles. Pues si se alegró Ismael con ver prudente a su Rey Salomón para que los gobernarse sin tiranía, regocíjense todos los escogidos de Jesús de ver tan sabio su Cabeza y Rey, y estar seguros que les sabrá guiar y llevar a su reino. ¿De cuántas asechanzas del demonio me librasteis, sapientísimo Jesús, con esa vuestra ciencia, previniendo mis peligros, que ya conocíais, preparando los auxilios de gracia que me habíais de impetrar, ayudándome con vuestras oraciones, y algunas veces con lágrimas, cuando, por la reverencia que os guarda la justicia divina, fuisteis oído, ofreciendo por momentos vuestra vida y muerte por mí? ¿Cuántas veces, Señor, pues teníais de continuo el pensamiento en mí, ofrecisteis por mi causa el frío que padecisteis en el pesebre, el cansancio que sufristeis en los caminos, la abstinencia que guardasteis en el desierto? ¿Cuántas gotas de sangre os sa-

qué yo en el huerto con la memoria de mis pecados? Cuando ofrecíais los azotes, ¿cuántos fueron los que cupieron ser por mi ocasión? ¿Qué digo cuántos? Pues todos os debo, y no repartisteis nada; de nada me exceptuasteis; todo lo padecisteis por mí y por todos; y os debo, no sólo porque lo sufristeis por mí, sino también por todos. Sobre todo agradezco aquella buena voluntad; cuando la primera vez tuvisteis noticia de mí en el instante de vuestra concepción, me escogisteis para ser vuestro fiel y hacer conmigo tantas misericordias como si no os acordarais de otros. ¿A quién no aficionaría aquel Corazón de Cristo, rico de amor divino, aquella santísima voluntad, amadora de todo lo bueno? Porque si nos pagamos de uno, por sólo oír que es bien inclinado y hace bien a otros, aunque no nos toque ni nos conozca, ¿por qué no nos hemos de pagar de aquella propensión de Jesús a todo lo bueno, de su inmensa caridad, con que amó a todo el mundo, y de aquella su santísima voluntad con que nos quiso todo bien?, ¿qué mejor voluntad que aquella, cuando me escogió entre infinitas almas que quedaron en la noche de la infidelidad?, ¿qué voluntad aquella, cuando quiso morir por mí, cuando quiso entrarse en mi pecho, y hacerse uno

conmigo, cuando me dio en un bocado las riquezas del cielo y tierra?

CAPÍTULO XIX

Cuánto debe Jesús ser amado por sólo su santidad.

Estaba también la santísima ánima de Jesús ataviada con todos los demás hábitos de las virtudes que eran convenientes a la excelencia y privilegios del Salvador, y con todos los dones del Espíritu Santo en supremo grado. Estuvo también hermoseada y colmada de gracia habitual, que liberalísimamente derramó en ella el Espíritu divino, haciéndola incomparablemente más santa y hermosa que todos los espíritus y almas bienaventuradas. Sobre todo, lo que más adornó aquella sacratísima humanidad, fue la infinita santidad que tuvo comunicada del Verbo, con la cual fue tan santa su naturaleza divina.

Esta grandeza de Cristo es la que más suspende los entendimientos y admira a los án-

geles, y la que les roba todos sus afectos y deseos. ¿Qué cosa más inopinable y milagrosa que ver una naturaleza criada, que sea una misma persona con su Dios; que se unió substancialmente con nuestra humanidad, con tanta comunicación de propiedades, que lo que hace Dios se diga que hace el hombre, y lo que hace el hombre se diga que hace Dios, que convenga al hombre lo que pertenece a Dios, y que convenga a Dios lo que pertenece al hombre, la infinidad y la pequeñez, la eternidad y la niñez, la vida y la muerte? ¿A quién no admira ver el cuerpo y ánima de Cristo rebosando divinidad, que penetró toda su esencia con más fuerte e íntima unión que el fuego tiene con el hierro que está en la fragua, y los rayos del sol con un cristal y la luz con el aire, donde se esparce, y que nuestra ánima con nuestro cuerpo, que vivifica? Y, lo que excede toda admiración y encarecimiento, por la comunicación de su ser personal hace en Cristo el Hijo de Dios, se una consigo nuestra naturaleza, con una unión que no tiene el mismo Hijo con su Padre; porque Dios y el hombre son una misma persona, y no lo son el Padre y su Hijo. ¡Oh curiosidad humana, que estima lo singular y extraordinario y pone mayor precio a lo

más raro! ¿Cómo debemos apreciar a Cristo? ¿En qué estimación de nuestra afición hemos de poner tan raro milagro de la omnipotencia divina? ¿tan estupendo sacramento de bondad y amor? ¿tan inopinable extremo de la caridad de Dios, que ni pudo hacer cosa mayor, ni la pudo querer? Lo exquisito y lo raro solamente por este título se estima, sin que nos sea de otro provecho, más que no hallarse semejante. Baste solamente que no sea cosa ordinaria. ¿En qué grado debemos apreciar en nuestro corazón a un Dios y hombre, cosa tan nueva y joya tan preciosa y única, siéndonos, no inútil, sino de tanto provecho, que es toda nuestra honra y salud, vida, contento y riquezas? Vistióse Dios de nuestra pobreza, para enriquecernos con los bienes del cielo y darnos de limosna los tesoros divinos. ¡Cuán gran favor hizo Jesucristo a la esclarecida virgen Catalina de Raconisio, que, siendo niña y no teniendo que llegar a la boca, se le apareció el Señor en figura de niño pobrecito y la pidió limosna! Ella se afligió porque no pudo hallar que darle, ni hacerle la misericordia que pedía. Entonces el niño Dios la favoreció a ella dándole de limosna una pieza de plata, con que remedió su necesidad. Esta fue la afabili-

dad y humanidad de nuestro Salvador, que usó con toda nuestra naturaleza: apocóse e hízose pobre porque nosotros lo éramos, para enriquecernos y hacernos de misericordia y limosna grandes y ricos.

CAPÍTULO XX

Que debe ser amado Jesús por su humildad y mansedumbre.

Si no nos mueve a amar a Jesús su grandeza, por estar en igual silla con Dios Padre, por ser adorado de los ángeles, por habitar en él toda la plenitud de la divinidad, aficiónemos su humildad y mansedumbre y aquella su afabilísima condición. De El se puede decir que su conversación no tiene amargura, ni da enfado su trato. Una de las cosas que más ganan las voluntades, es la cortesía y llaneza de los mayores; ¿cómo no nos cautiva la afabilidad y humilde trato de Jesús, que, con ser Señor de la naturaleza y de la gracia y tan santo como Dios Padre, no se desdeñó de tratar

con viles pecadores? El vestido que traía era de pobre; holgábase con los niños, mandando que no les estorbasen llegar adonde estaba el Señor de la gloria y Maestro del mundo; en servir a sus discípulos; y, con ser Rey del universo y haber puesto el Padre a sus pies todas las cosas, quiso pagar tributo al César; no quiso condenar a la mujer adúltera; rogó por sus enemigos; andaba por los pueblos haciendo bien a todos, especialmente a los pobres, curándoles sus enfermedades, perdonando los pecados; sus palabras suavísimas estaban llenas de vida; sus obras y manos, de beneficios; abofeteado, no se enojó ni dijo una palabra entonada. Si un rey se humana a sólo dejarse ver, gana las voluntades de sus vasallos, y, con una buena palabra que dice, obliga a dar la vida y sangre por él; si sienta a uno a la mesa consigo, es el mayor extremo y honra que se podrá esperar. ¿A quién no rinde la humildad del Hijo de Dios, que dijo que venía a servir, no a ser servido; que se puso de rodillas a lavar los pies de unos pescadores; que nos llama amigos y hermanos; que, no sólo nos asienta a su mesa, pero quiso sernos sustento de vida y salud, humillándose a entrar y encogerse en nuestro pecho para solicitar más de

cerca nuestro corazón? ¿Qué mayor modestia y humildad que la que ahora tiene, con estar reconocido por Señor de los ángeles, en quien son benditos los predestinados? Tenía la santa virgen Bienvenida de Austria gran ansia de ver a Jesús, cuando tenía tres años. Concediole Dios esta merced; y estando en la iglesia, vio a un niño hermosísimo, que la llevó luego el corazón; y, acariciándole, le dijo que dijera con ella el Ave María. El niño Dios lo hizo así saludando devotísimamente a su Madre, dejándose guiar de la devota doncella, hasta que, después de haber dicho, "bendita tú eres entre las mujeres", añadió, "y bendito es el fruto de tu vientre". A esta última cláusula calló el humilde Señor, no queriendo decirla por ser alabanza suya; tan modesto y vergonzoso es el humilde Jesús.

¿Qué mayor blandura y mansedumbre, que, viéndose ultrajado, disimular sus agravios? Y si se enoja algunas veces, es para mayor bien, y perdonarnos, con serle facilísimo acabar con los hombres. Uno que se huyó de la ciudad del Cuzco, a provincias de infieles, entre otras alhajas que llevó consigo fue un crucifijo. Vino a manos del rey de aquellos bárbaros, deseoso de ver al rey de los cristia-

nos; en tomándole en la mano, y viendo que era un hombre ajusticiado, díjole pesadas injurias y escupiole. El Señor entonces levantó su cabeza inclinada, y abrió los ojos, con que dio en tierra con el rey y con trescientos hombres que se habían juntado en la plaza del palacio. Estuvieron como muertos por algunas horas, volvió después el rey en sí y reconoció por Dios a aquel ajusticiado, recibiendo las aguas del Bautismo. Pues ese Señor, que tan fácil le fuera y tan justificado vengarse de sus contrarios, no quiere sino amarlos, y sus modestos ojos volver mansamente a sus enemigos, para hacerlos amigos muy queridos.

CAPÍTULO XXI

Que debe ser amado Jesús por la nobleza y generosidad de sus costumbres.

Vengamos a la nobleza del Corazón de Jesús, y la magnanimidad de su condición, que debía también cautivar nuestras voluntades para amarle. El mismo Señor queriendo afi-

cionar a una virgen, para que, dejados los deleites de la tierra, en él solo se deleitase, la dijo que le quisiese bien, porque era generoso de corazón. ¿Qué mayor nobleza y generosidad que aquel sumo agradecimiento que tiene a lo que hacemos por él, deseando hallar en qué pueda darse por obligado de nosotros? ¿qué mayor nobleza, que pudiendo pedirnos eterna servidumbre, por habernos librado de pena eterna, nos la trueca en reino eterno, contentándose con una breve penitencia para nuestro mayor bien? ¿qué mayor nobleza, que el eterno olvido que tiene de nuestros pecados, en queriendo nosotros ser sus amigos? ¿qué mayor nobleza de morir por los que le crucificaban, rogando a su Padre les perdonase, y esto, no después de resucitado, cuando estaban olvidados sus dolores, sino actualmente en los mayores tormentos que padecía? ¿qué mayor nobleza, que no tener nada suyo, siendo liberalísimo de su propia sangre y cuerpo, dándonos en un bocado todos los tesoros del cielo? ¿qué mayor nobleza que la lealtad con que cumplió sus promesas, enviando el Espíritu Santo desde el cielo, que derramase su gracia en aquellos que habían desmerecido este favor por haberle desamparado en su Pasión?

y ¿qué mayor nobleza que su humildad y afabilidad, tratando con los hombres como el menor de todos, siendo el Señor legítimo de todo lo criado, no queriendo estar en mejor lugar que sus criados?

Y ahora porque se ve levantado al trono de su Padre y sentado a su mano derecha, adorado con tantas honras su condición. A San Juan Gualberto, porque perdonó a su enemigo, que le pidió no le quitase la vida por amor de Jesucristo, pasando por donde estaba un Cristo, le hizo el Señor del cielo cortesía, inclinándole la cabeza. Tan reconocido es como esto aquel nobilísimo pecho de Jesús, que aun lo que debemos hacer nos lo agradece con tan singulares demostraciones. A San Martín fue tan agradecido porque le dio un retazo de una capa vieja, que, estando el Señor de los cielos entre sus ángeles, le traía puesto, contando a los serafines lo que Martín le había dado, gloriándose de aquel servicio como si fuera una gran merced. No se desdeña ahora con estar vestido de gloria, de tomar traje de pobre y de enfermo asqueroso, para darnos ocasión que le obliguemos más. Metiose entre otros mendigos que San Gregorio convidó, para deberle aquella buena obra; mostrose a San Juan

Columbino lleno de lepra, para recibir de él alguna caridad y ósculo amoroso. La generosidad y nobleza, con que disimula nuestros descomedimientos, es ahora mayor que cuando estaba en el mundo, porque es más nuestro atrevimiento, pues es después que nos tiene tan obligados con su muerte y Pasión y cuando está glorioso y conocido por Dios. ¡Oh generosísimo corazón de Jesús! ¡oh noble pecho del que está en el seno del Padre! ¡oh agradecidísimo ánimo del que lo da todo! ¿Qué mayor nobleza puede ser como el amarnos tanto, que, después de tan ingratos como somos, nos agradecéis lo que os debemos y lo que nos dais? De tal manera nos perdona Jesús como si le hubiéramos hecho muchos beneficios. De tal manera nos premia como si él no nos hubiera hecho ninguno; ni mete en cuenta sus mercedes para descontarlas en la paga; ni lo poco que le hemos servido para hacernos dificultosa su amistad. De tal manera nos agradece cualquier servicio, como si después de habernos El hecho mucho mal, nosotros le hiciéramos mayor bien. ¿A quién no ganará esta grandeza de corazón y nobleza de ánimo para serle agradecido, si no con obras iguales, con la afición y alma y todas sus entrañas?

CAPÍTULO XXII

Cuánto debe ser amado Jesús por ser de nuestra carne y sangre, y cabeza de nuestro linaje y esposo verdadero.

Son todos estos títulos parte del derecho que tiene Jesús a nuestro corazón y al amor de todo el mundo, que fue un premio que el Padre Eterno le prometió por sus servicios cuando dijo que le daría las gentes por herencia, y por posesión los términos de la tierra, porque de todas naciones había de despertar amadores suyos muy leales. De nuestra parte hay otros títulos que, si no estamos fuera de juicio, nos han de forzar a amar y estimar a nuestro hermano, nuestro Rey, nuestra cabeza, nuestro Esposo, nuestro cuerpo, nuestro Dios, y mirar aquella sacratísima carne, cuyas plantas están sobre las cabezas de los querubines como carne y sangre nuestra, honrándonos con ella y estimando lo que es honra de toda nuestra naturaleza. Aunque Jesús nos hubiera dado causa para que le aborreciésemos, todo nuestro odio y rencor se había de volver en benevolencia, viendo que por su ocasión es honrado todo nuestro linaje. ¿Qué mayor odio que el que tuvieron sus hermanos a

José? Mas después que le vieron mandar a Egipto y ser honra y reparo de su casa, toda la envidia se convirtió en respeto y amor. Honremos, pues, a nuestro hermano Jesús por ser nuestra honra y haberle Dios encomendado toda su casa y reino. Consideremos cuán grande interés nuestro es tenerle al lado de Dios y ser querido suyo. ¿Cuánto valió al pueblo de Judea que Ester, que era de su linaje, estuviese levantada al trono real? No menos que la libertad y la vida. También valió que no muriese de hambre el patriarca Jacob y sus hijos, tener al que era de su sangre al lado de Faraón. Pues ¿cómo puede sernos inútil tener a nuestra carne y sangre en el trono de Dios? Los ángeles nos respetan por su causa y se honran de ser nuestros consiervos. Y si los ángeles, que no son parientes, sino de extraña naturaleza, honran y aman a nuestra carne y sangre en Jesús cordialísimamente, ¿en qué ley y razón cabe que los que somos de su sangre, permitamos que nos aventajen en su devoción y amor los serafines?

Por ser Cristo nuestra Cabeza y Señor natural, debe también ser amado y querido. Miremos qué ley y afición tienen algunas naciones a sus reyes.

Por su honra arriesgan la vida y hacienda; con sólo su presencia se regocijan; cuando salen fuera concurre todo el pueblo a sólo verlos, alegrándose con su vista. Cristo es nuestro Monarca, es nuestro Rey natural y Señor legítimo: avergoncémonos que se guarde más la lealtad a un rey de la tierra y hombre pecador, que no al Rey de la gloria, justísimo y santísimo.

Más fuerza nos ha de hacer estar Cristo desposado con nuestras almas, porque no sólo es nuestro hermano, ni solamente nuestro Rey, sino nuestro verdadero Esposo. La obligación que por este título tenemos no la conocemos, porque nos parece que es sólo modo de hablar, y que se dice así solamente por alguna semejanza y metáfora, de la manera que se llama Cordero, Camino, Brazo de Dios, Flor de Campo, Lirio de los Valles y otros títulos que se le acomodan. No es así, sino que de veras es Esposo de un alma justa, sin ser modo de hablar ni de cumplimiento; y es tal su matrimonio, que no hay esposo en el mundo tan leal y fiel, ni que tanto ame a su esposa. De modo que el matrimonio de Adán y Eva, con ser el más legítimo que entre hombres se ha celebrado, fue sombra y borrón respecto del